

á mi interlocutor con una mirada que le prohiba penetrar en terreno vedado.

Y yo, sin embargo, por más que hago por recordar, nunca oí hablar de esta Melinita... ¿Quién es, pues?... ¿Qué tiene de extraordinario para que el Duque la haya preferido á mí, le haya dado un millón y se haya suicidado por su causa?

## V

18 de Junio.

La conozco, es decir, me han dado noticias acerca de ella; porque conocerla, ni aun siquiera de vista, no espero que me ocurra en la vida.

Mi primito Arturo de Blazac es quien me ha edificado con el particular. Escribo edificado, y no escandalizado, sin razón ninguna.

¡Qué original es este infeliz de Blazac! Delgadocho, mezquino, rubillo, chatungo, boca pequeña, manos pequeñas, pies pequeños, todo, todo pequeño, se le tomaría, á pesar de sus treinta años, por un alumno del Sagrado Corazón echándolas de joven. Hemos esperado en algún tiempo en la familia que se sacaría partido de él, porque es inteligente é instruído; pero á poco nos ha desencantado á

todos para hacer la *gran vida*, que es, después de todo, la única manera que tiene de poderse agrandar; pero ni aun así lo ha logrado, cada día es más raquítico y mezquinillo.

Viene á verme de vez en cuando, porque soy buena con él y no le echo sermones de moral; le dejo charlar dando rienda á su lengua viperina, hablando de la partida de vividores y vividoras entre quienes después se da tono diciendo con frecuencia: "Vengo de casa de mi prima la Duquesa de X..."

Yo le recibo cuando no tengo cosa mejor en que ocuparme, y de igual manera que uno mira las cosas menos puras del mundo. Blazac me sirve como de *Gaceta* mundana, relatando todos los can-can y demás escenas más ó menos sucias de París, con toda la crónica escandalosa de la gran villa de un París que sólo él conoce, un París feo y repugnante, cuyas celebridades galantes le son familiares con cierta intimidad. Hoy, cuando han venido á anunciarme su visita, he estado á punto de negarme, porque no tengo humor de distraerme. Pero el deseo de preguntarle, de hacerle hablar, de saber ciertas cosas, se ha apoderado de mí y le he consentido que pase.

Y á fe que no he perdido mi tiempo. Apenas

se ha sentado en una gran butaca, donde desaparecía por completo su personilla, he dirigido la conversación hacia el punto único que podía interesarme.

—Y bien, primo—le he preguntado,—¿se divierte mucho París todavía á pesar de la estación? Todas vuestras hermosas *Ternuras*, como las llamáis (y confieso que la palabra es linda), continúan aquí, sin haber levantado su vuelo. Háblame un poco de ese mundo curioso.

—Prima—me ha respondido, tratando de alisar un conato de bigotillo rubio invisible,—París se aburre desde que ha perdido su ídolo.

—¿Qué ídolo? ¿El General?

—¡Qué disparate! ¡Qué General ni qué ocho cuartos! Su ídolo es mi prima Olga.

—¡Yo! La galantería está bien preparada, por lo mismo que yo no podía esperarla... ¿De qué París hablas, del mío ó del tuyo? Del mío no será, porque nunca lo frecuentas. Lo desprecias, te aburres en él, y él te paga en la misma moneda. ¿Cómo puedes saber, por consiguiente, si me echa de menos? ¿Del tuyo? ¡Oh! Ese, afortunadamente, no me conoce, se ocupa exclusivamente de la señorita Lucy

Seymour, Nelly Beer, Marion de Lorme, Blanca de Closmenil.

—¡Cómo! — exclamó admirado. — ¿Conoces todos esos nombres?

—Para conocerlos basta leer el *Gil Blas*, y lo leo con frecuencia, prefiriéndolo, lo prefiero ingenuamente, á la *Gaceta de Francia*. Y podría citar otros muchos nombres: Matilde de Montalbert, por ejemplo, Luisa Babin, Enriqueta la Roja, Melinita...

—¡Oh! Lo que es de esa última, nunca habrás visto su nombre en el *Gil Blas*.

—¿Por qué?

—Está á mal con él.

—Entonces, habrá sido en otra parte. Pero ¿por qué está á mal la señorita Melinita con el *Gil Blas*? Me pones en curiosidad.

—Porque ella ha dicho á Pablo D...

—¿El crack-winner?

—Precisamente. Y á Carlos D...

—El intrépido vacía-botellas.

—Justo. Estás muy al corriente, prima.

—¿No es verdad? Sé mi *Gil Blas* de memoria. Y bien, ¿qué les ha dicho Melinita?

—Que ella no pide ningún reclamo, y que no dará nada á los que se lo proporcionen en el periódico.

—Pero qué, ¿pagan estas señoras porque se cuenten sus proezas?

—Algunas veces, pero no en dinero.

—¿En qué?

—En buenos procedimientos. Se es amable con ellas, y ellas á su vez son amables con ellos. ¿Comprendes?

—No es difícil de comprender. Ocultas tan poco, primo... Ahora me explico por qué se cita todos los días á las mismas mujeres... Ellas son amables... y Melinita no ha querido nunca ser amable con esos señores.

—Á cambio de reclamos, no. Tenía la pretensión de hacer carrera completamente sola.

—¿Y la ha hecho?

—¡Ya lo creo! Tiene su millón.

Me estremecí; pero Blazac no lo advirtió, porque es tan miope como chiquitín. Después hice un esfuerzo para preguntar:

—¿Un millón de veras?

—Un millón, y en excelentes valores: obligaciones, acciones de ferrocarril, títulos de la renta al portador. He visto el paquete con mis propios ojos, un gran legajo.

—¿Y ella lo enseña á todo el mundo?

—Gratis: á las mujeres, para hacerlas rabiar; á los hombres, para que sean espléndi-

dos con ella. Ya comprendes que no se le pueden regalar cien pesetas á una mujer millonaria.

Le pareció á Blazac un poco atrevidas sus últimas palabras, y se detuvo como si hubiese dicho una enormidad. Pero yo, que no creo que pueda salir nada enorme de cuerpo tan pequeño, y sin hacer caso ni mostrarme confusa por aquellos arriesgados conceptos, repuse:

—Y cuando no tenía aún tantas riquezas, ¿en qué se ocupaba? ¿Se exhibía, sin duda, á sí propia, aunque con más modestia?

—Ha sido rica inmediatamente, desde sus primeros pasos en la carrera, gracias al barón de Virmeux.

—El barón de Virmeux? ¿Lo conoces, Blazac?

—No, siempre he pensado que era un nombre supuesto. Melinita también ha creído lo mismo. Pero ella se reía de estos pudores. Lo importante era el millón, y lo tuvo. ¡Oh! Ella no pierde el tiempo en inútiles averiguaciones: es una mujer práctica. Nada de maravillosa, por supuesto... Precisamente yo la he formado.

—¡Ah! ¡Tú!...

—Es decir—dijo recogiendo sus palabras,—yo... la he lanzado.

—¡Feliz idea y gran título!

Completamente embebido en el asunto, no hizo atención á mis palabras, y continuó:

—La idea no era mala. Cansado hace tiempo de no oír hablar sino de mujeres rubias, poniéndolas en los cuernos de la luna, se me metió en la cabeza hace un año probar que las morenas valen más que las de cabellos de oro... Perdón, querida prima, por mi atrevimiento diciéndote esto á tí, que eres una rubia de delicioso pelo... natural, mientras que las tres cuartas partes de las que por ahí se usan son pintadas ó despintadas, ó usan postizo el color. Todo el mundo lo sabe, y sin embargo, se las prefiere á las morenas... Y se me puso entre ceja y ceja buscar una morena, y, con efecto, la encontré. Ella ha hecho fortuna, y yo... he hecho la prueba que quería.

—¿Dónde encontraste esa morena, en el Mediodía?

—En París, y en casa de una rubia á la cual servía como doncella.

—¡Ah! ¿Melinita ha sido doncella?

—Pues sí, y no te admire. La mayor parte de nuestras *grandes marcas*, como decimos,

han empezado por ahí... Yo le quité la criada á la señora, y la he arreglado y vestido.

—¡Vestido también, picarón!

—Después le alquilé un cuartito amueblado.

—¡Qué bien arreglas todo!

—Si yo me hubiese arruinado por ella, ¿qué habría probado? Nada, que me gustaban las morenas, y esto era un caso personal y aislado. Lo que yo quería demostrar es que las morenas deben gustar á todo el mundo, que deben gustar á los demás, y esto lo he probado hasta la saciedad, prima.

—Esa morena no debe probablemente su éxito al color de su cabello, debe tener algo más llamativo. ¿Es linda?

—No; pequeña, delgadita, ojos profundos, nariz respingona, dientes puntiagudos, verdaderos dientes de loba, labios gruesos muy encarnados, tez mate: hé ahí su exacta fotografía. Ya comprendes, prima, que yo no habría sido bastante estúpido para buscar una linda morena, porque entonces mi demostración habría sido nula, desde el momento en que su belleza, y no el color de sus cabellos, era lo que proporcionaba el triunfo. Y lo que yo había apostado, mi tesis, consistía en que

una morena, simplemente por serlo, vale más que una rubia.

—Vamos, Blazac, eso es burlarse de mí. Nadie me persuadirá nunca de que á una mujer se le da un millón sólo por su negra cabellera. Lo repito, debe tener otra cosa que llame la atención.

—¡Otra cosa! Sin duda tiene, tiene... perdón por mi frase, tiene algo del perro, es decir, es excitante y capaz de turbar la cabeza más tranquila...

—¡Oh! No es preciso más explicaciones. Basta con el ejemplo del perro.

—Y además —continuó sin hacerme caso,— es una verdadera viciosa.

—Enviada por tí.

—No, lo es de nacimiento. Hay mujeres que vienen al mundo exclusivamente para eso. Se las debería reconocer en ciertos signos exteriores, y ahogarlas á los doce años.

—¿Y eres tú quien habla así?

—¿Por qué no? Se puede cultivar el vicio por cuenta propia, y deplorar, sin embargo, sus defectos en los demás... Sí, mientras se rechace la adopción de mi idea de ahogar á las que nacen con esa predisposición, ¡desgraciados de los hombres! En cuanto una de esas

criaturas tenga un interés cualquiera en atraparlos, están perdidos. Los más fríos, los más fuertes, los más invulnerables acabarán por inflamarse y estallar... Precisamente por eso he llamado á la mujer de que hablamos Melinita.

—¿También has sido tú quien la ha bautizado?

—Yo, antes de lanzarla al mundo. Le he dado el nombre de una de las últimas materias explosivas, de la que pasa por hacer mayores estragos.

—Sí, estragos terribles, instantáneos—murmuré tristemente.

—Eso, según y conforme—repuso.—La melinita, que yo he estudiado mucho (ya sabes que yo adoro la química), es una materia explosiva *semi-rompiente*, *semi-lenta*, es decir, que en ciertos casos puede obrar con lentitud, como una cuña que se va clavando á fuerza de martillazos en una masa resistente... ¡Oh! He estudiado mucho la cuestión; no bautizo á una mujer como se bautiza á un niño, sin saber por qué se le llama Pedro ó Juan. La he llamado Melinita porque, á semejanza de esta materia, tiene un cierto aspecto dulzón, blando, que parece y que es

absolutamente inofensivo en circunstancias ordinarias. Se la puede estrellar contra otro cuerpo, aproximarla al fuego; no estallará si no está preparada para saltar en pedazos; pero, si lo está, si se la ha puesto al contacto de una buena cápsula fulminante, mucho cuidado, porque la explosión será formidable y espantosa: romperá todo, matará todo, aniquilará todo lo que encuentre á su alrededor.

—Sí, sí, mata—repetí maquinalmente.

Y temiendo que hubiese apercibido mi emoción, me apresuré á añadir:

—Parece que á tí no te ha matado.

—¡Oh, á mí!—exclamó con aire de vencedor, con un nuevo esfuerzo para retorcer las guías de su ausencia de bigote.—¡He conocido tantas Melinitas! Son peligrosas, especialmente para los prudentes y los fuertes; cuentan con su fortaleza y con su fuerza, creyendo que no tienen que temer nada de enemigo tan pequeño, y lo dejan aproximarse hasta ellos. Parecen ellos acorazados, que no desconfían de un torpedero. Yo, que me reconozco débil y muy poco prudente, siempre estoy en guardia. Así, después de haber lanzado á mi Melinita, he emprendido cobardemente la huida, temiendo que me alcance el estallido. Y añá-

diré, prima, puesto que me consientes esta conversación tan libre, que por lo demás ella no tenía interés alguno en obrar sobre mí, en trabajar lentamente para hacerme saltar en pedazos. Sabía que yo no haría su fortuna, y debía esperar por tanto para comenzar sus estragos una mejor ocasión, porque, ya lo he dicho antes, creo que la melinita estalla á voluntad.

—Á voluntad de los demás, mientras que tu Melinita estalla á la suya cuando quiere hacer daño.

—No siempre; tiene caprichos súbitos, arranques de locura amorosa, que pueden exponerla, á ella misma también, á serios peligros. Hasta ahora ha sabido sustraerse á esa exposición, porque no ha experimentado verdaderas resistencias, porque ha roto todos los obstáculos. Si encuentra un ser excepcional, dotado de la dureza del acero templado y de la elasticidad de la argamasa de cemento, que resisten á la melinita, se inflamará por sí propia y se consumirá por completo ella sola.

—Y bien, deseo que tropiece con ese ser excepcional la miserable de que hemos estado hablando tanto tiempo...

Y hasta la vista, primo.

## VI

22 de Junio.

Con la esperanza de encontrar un poco de fresco en el Bosque de Boloña, después de un día excesivamente caluroso, he comido ayer más temprano que de costumbre, y hacia las ocho dejé el hotel, con mi señora de compañía.

En el Arco de Triunfo di orden al cochero de entrar en el Bosque por la Puerta Maillot. La librea de mis criados, negra, mi *landau* negro, mi tren oscuro, mi traje de luto, mi sombrero con gran velo, todo este conjunto habría arrojado una nota discordante en el conjunto alegre de la avenida del Bosque, todavía con demasiada luz, y que empezaba á animarse.

Algunos minutos después, al pasar por el pabellón de Ermenonville, se me ocurrió de-

tenerme á la orilla de la alameda de las Acacias, cerca de este *restaurant* tranquilo, y menos visible que la Cascada ó el Chateau de Madrid, y satisfacer allí el deseo de mi señora de compañía y mío, de tomar un helado, cosa que ansiábamos, haciéndonoslo servir al coche naturalmente. El lacayo fué á pedir los sorbetes; y esperábamos, cuando una *victoria* muy elegante vino á detenerse frente por frente de nosotros y también pegada al borde de la avenida.

Al punto que se detuvo, la persona que la ocupaba, sin apearse, llamó á uno de los mozos del *restaurant*, diciéndole en alta voz:

—Yo no entro si no hay nadie de mis conocidos. Infórmese si está el Vizconde de Blazac.

Al oír pronunciar el nombre de mi primo Blazac, no pude contener una mirada hacia mi vecina, menos indiferente que la que le dirigió momentos antes.

¡Qué mujer tan rara y qué manera de vestirse tan original! Un gran cuello alto y una corbata de hombre, un gran plastrón; su cuerpo redondillo encerrado en un chaleco y una chaqueta de corte de sastre, aquél de raso blanco y ésta de paño negro; la cabeza cu-

bierta con un sombrero flexible de fieltro como el de los hombres, cubriendo á medias el cabello corto y negro, rizado á la manera que creo se llama á la Belbeuf. Ciertamente que con tal traje se podría dudar del sexo de la persona, si la falda de otomano negro que dibujaba las formas poco pronunciadas, aunque proporcionadas y modeladas suavemente, no la hubieran denunciado.

Mientras que yo tuve esta rápida inspección, trajo el mozo los helados, y yo, por hacerles honor, levanté el velo, que hasta entonces conservaba bajo.

Apenas descubrí mi rostro, mi vecina hizo un gesto de sorpresa, como si me reconociese; después, enderezándose como si fuera de una pieza en su coche, con las manos apoyadas sobre el pescante y sobresaliendo sólo su cabeza, se puso á mirarme fijamente.

Iba á renunciar á mi helado, á bajar mi velo y á dar la orden de marchar, cuando de repente Blazac, que yo no habia visto venir, se presentó á la portezuela de mi *landau* abierto.

—¿Cómo, prima, tú aquí? Me han dicho que me llamaban, pero confieso que no esperaba...

Me incliné hacia él, y muy bajo y muy rápidamente le dije:

—No soy yo quien te ha llamado, es esa señora de enfrente que está en la victoria. No la mires mientras estés hablando aquí conmigo.

La recomendación llegaba tarde; Blazac la había mirado ya, y exclamó:

—¡Calle, Melinita!

—¡Melinita!

Á mi vez me levanté brusca é instintivamente, pero al punto me dejé caer en los almohadones del coche, donde me arrinconé lo más que pude, como si tratase de alejarme de aquella criatura colocando mayor distancia entre ella y yo. Era el movimiento de una persona á quien se le dice de pronto: "Tened cuidado, ahí está la víbora;" en el primer instante se mira al animal, luego se huye con espanto.

Pero el movimiento que acababa de hacer, el primero, me recordó el de aquella mujer al levantar yo mi velo. ¿Me conocería? ¿Sabría el verdadero nombre del Barón de Virmeux? ¿Se habría dicho á sí misma al verme: "Esa es la mujer del hombre que he matado?"

Entonces me incliné de nuevo para hablar

con Blazac, y siempre con rapidez y muy bajo y con el corazón oprimido:

—¿Me conoce? —le pregunté.

—Mucho—respondió.—El otro día, al salir de tu casa, se me ocurrió ir á verla, y á la pregunta de "¿Qué buen viento trae por aquí á Blazac?" le contesté: "Pasaba cerca, porque vengo de casa de mi prima la Duquesa de X...—La Duquesa prima...—Ciertamente, y me enorgullezco en ello.—Y con razón, es la mujer más idealmente bella que conozco. Nunca he visto nada más completo: encanto, distinción, todo lo tiene..."

Blazac iba á continuar, creyendo que estos elogios me lisonjeaban, cuando, por el contrario, me indignaban inmensamente.

—¡Basta! —le dije nerviosa.—¿Cómo me conoce? ¿Dónde me ha visto?

—En varias ventas públicas de caridad.

—¿Entonces estaría yo sola, sin el Duque?

—Probablemente. No es costumbre que los maridos vayan con VV. á esas cosas. Venderían VV. menos, y los pobres perderían... Te ha vuelto á ver varias veces desde que estás viuda, y te encuentra más linda todavía de luto...

Esta vez no tuve necesidad de interrumpir.

pirle, porque una voz imperiosa gritó como quien llama á un perro: "¡Blazac, aquí!,"

Mi primo, que ha conservado algunos vestigios de buena educación, hizo como que no había oído, y no se movió de su sitio. Pero temiendo yo un nuevo llamamiento, temiendo hasta que se viniese á buscarle hasta mi coche para mirarme más de cerca, bajé el velo, me envolví en el chal y di orden á mi cocheró de marchar.

Blazac tuvo todavía el buen gusto de permanecer en el mismo sitio, con su sombrero en la mano, y de no acercarse á su... Ternura, hasta que yo desaparecí.

Arrellanada en un rincón del carruaje, llevada al través del Bosque, en la sombra que se hacía más espesa, entre la bruma que sube de los macizos, veo aún, á pesar de todos mis esfuerzos para lanzar de mi pensamiento, la imagen de aquella mujer, que ha sido mi rival y que me ha hecho viuda... ¡Y cosa singular! En vez de exclamar "¿Cómo ha podido preferirla á mí? ¡Qué obcecación!", en lugar de criticar sus formas y su semblante, me digo: "Sus ojos son pequeños, pero ¡qué mirada! Ojos de ave de presa, que primeramente fascinan á su víctima... Si la nariz es mal dibujada, las

ventanillas son muy movibles, muy abiertas, animando aquella fisonomía y dándole sello particular de vida. No respira, sino que aspira... la sangre de sus víctimas sin duda... siempre como los animales carnívoros. Sus dientes, muy blancos, dan mucha expresión á aquella cara, precisamente porque son puntiagudos y desiguales. ¡Ah! Deben saber morder... El cuerpo es menudo sin duda, cuerpo de chiquilla más bien que cuerpo de mujer; pero hay quien prefiera el boceto á la determinación del dibujo, el capullo á la flor, la niña apenas formada á la mujer correcta... Sí, me explico ahora que pueda gustar esta criatura, preferirla á otras, preferirla á todas. Me explico su éxito, su suerte, que sea irresistible, que se le dé por sobrenombre Melinita. Me explico la traición, la muerte de mi marido."

Hé ahí lo que me decía por la noche á través del Bosque, con un tiempo que empezaba á ser tempestuoso y que me ponía febril.

Hoy por la mañana no me digo nada de eso; no me explico nada, y Dios me libre de toda explicación.

## VII

25 de Junio.

Desde que soy viuda, todo el mundo se casa á mi alrededor. Es una especie de epidemia. Las gentes de mi casa encuentran, pues, mi posición envidiable y toman el único camino que puede conducirles á la viudez. Mi mayordomo ha dado el ejemplo algunas semanas después de la muerte de su amo. Yo no le he reemplazado. Es una gran economía bajo todos puntos de vista. La señora que tenía para que me acompañase me ha abandonado ayer para ir á unas segundas nupcias, ¡pobrel Yo no la reemplazaré antes del invierno... y aun si pudiese suprimir la plaza... Pero hé aquí que mi doncella, una chica de treinta y cinco años, que creía dedicada á eterno celibato, experimenta la necesidad de comerse las econo-

mías hechas en mi servicio con un joven, jefe de comedor de los alrededores. Y ésta, es absolutamente preciso reemplazarla, porque yo no sé desgraciadamente servirme á mí misma. ¡Ah, si yo supiese!

Para procurarme una nueva muchacha, he escrito sencillamente como cualquiera vulgar burguesa á una agencia de colocaciones, á la calle Faubourg Saint-Honoré. Pero lo que me han avisado no me conviene. Yo quisiera para el verano, que pienso pasarlo en el campo, en mi hacienda del Pas-de-Calais, una doncella que supiese regularmente su oficio y que vistiese lo bastante bien para poder salir conmigo cuando quiera dar una vuelta. Gracias á esta combinación, podría encontrar, al mismo tiempo y por algunos meses, la doncella y la señora de compañía, y en lugar de estar condenada á ver dos caras nuevas, no ver más que una, lo cual es siempre ventajoso.

Creyendo que me explicaría mejor en esta ocasión de viva voz, me he ido esta mañana á la susodicha agencia. He mandado el lacayo á la directora, rogándole que bajase, y sin abandonar mi cupé, le he expuesto el asunto.

Cuando se marchaba y me disponía á con-

tinuar mi correría en busca de todo lo que necesito para mi próxima partida, distingo á Blazac que acaba de pararse delante de la puerta cochera, donde yo me encuentro todavía. Tiene sus lentes puestos y parece buscar el número de la casa.

—¡Blazac!

Se volvió, me reconoció y con el mismo tono que había dicho tres días antes “¡Calla, Melinita!”, exclamó:

—¡Calla, mi prima Olga!

—Sí, todavía yo—dije sonriendo al acercármeme.—¡Qué raro es este París! Pasan años y años sin encontrarse las gentes, y dentro de una misma semana se tropieza con una misma persona á cada instante.

—Semana bendecida, prima, y que la marcaré con una cruz en mi calendario. Pero ¿sería indiscreto preguntar qué haces aquí á las once de la mañana?

—Si pudiese haber indiscreción, me habría ocultado y no te habría llamado.

—Sin duda, y por esto me he atrevido yo á preguntar.

—Pues bien—contesté:—me encuentra V. aquí, señor primo, porque aquí se encuentra una agencia de criados.

—La buscaba precisamente cuando me has llamado.

—¿Tienes necesidad de una doncella?—pregunté riendo.

—Sí, pero no para mí.

—¿Para quién, pues?

—Para... pues ya que tú lo sabes, ¿para qué he de callarlo? Para Melinita.

—¡Ah!—grité irritada de volver á oír este nombre.

Pero como yo temiese que le maravillase este mal humor mío instantáneo contra una mujer que me ponía en las nubes, me apresuré á añadir:

—Luego te encarga sus comisiones...

—¡Oh! Sí, con frecuencia, y las hago. Qué quieres, con ciertas mujeres se necesita ser derrochador ó prestar servicios. Yo prefiero lo segundo. Supongo que no te ofenderá el que yo emplee este lenguaje... artístico.

—¿Artístico? ¡Qué claro eres para el arte!

—Por lo demás, es un placer tener ahora en estos momentos obligada á Melinita. Ella estuvo encantadora para mí después de nuestra comida en el pabellón de Ermenonville.

—¡Ah! Acabasteis por comer juntos á las nueve de la noche. Ya era hora.

—En esa vida, prima, no hay hora para nada: almuerzos, comidas, cenas, todo eso se mezcla.

—Cosa excelente para el estómago.

—No se tiene, y es mejor... Mientras comíamos, pasamos todo el tiempo hablando de tí.

—¡De mí, con semejante mujer!

—No podía evitarlo. Por más que procuraba variar de conversación, ella volvía siempre á las andadas... es decir, á su tema favorito: tu belleza incomparable.

—Te ruego que calles—dije yo con severidad.

—Por Dios, prima, no creí ofenderte. La admiración sincera causa ordinariamente placer. ¡Ojalá me admirasen á mí!... Además, no se trataba únicamente de tu belleza; Melinita, como todas las mujeres de su clase, siente gran curiosidad por cuanto se relaciona con las damas de buena sociedad. Cosa que nada tiene de extraño, porque las grandes señoras también se ocupan de ellas... Así es que hizo un sin fin de preguntas sobre el género de vida que hacías, sobre tus costumbres, sobre nuestro parentesco... Me aconsejaba que te viese con frecuencia, que frecuen-

tara la buena sociedad... En una palabra, estaba amabilísima, tan amable está desde hace tres días, que comienzo á tener miedo.

—¿Miedo de qué?

—De ella. ¡De la explosión!

—Sería bien tardía.

—Ya te he dicho que la melinita podía tener efectos terribles, pero que también va trabajando lentamente... Entre demoledora y lenta: ésas son mis propias palabras, prima.

—Sí, sí, ya sé; no vuelvas á empezar, te lo suplico.

—¡Caramba!... Pues bien, es necesario estar siempre en guardia, sobre todo hacia fines de Junio, cuando empiezan los calores fuertes... Recuerdo que una vez, por esa época, desapareció con un tipo... ¡ah, qué tipo!... El gran Bonneuil... ¿Ya le conoces?

—No, por cierto.

—¡Ah! Creí que sí. Es un tenorino, cuyo nombre figura en casi todos los carteles.

—Pues no me he fijado; no puede una...

—El tal Bonneuil había conocido bastante bien á Melinita: se había carenado el cuerpo á propósito, y de ese modo había conseguido resistirla sin estallar... Ella, poco acostumbrada á esa resistencia, lo hizo cuestión de

amor propio; y como por aquellos días Bonneuil salió de París, contratado para el extranjero, fué ella y se contrató también en la compañía.

—Pero ¿es cómica?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! ¡Hace comedias, dramas, canta operetas, en caso de necesidad, baila... y ¡tiene un talento para ponerse enferma! La expedicioncita le costó veinte mil francos.

—¡Cómo! ¿Ella pagaba? Yo creí, por el contrario, que los artistas tenían sus sueldos.

—Y ella también; pero su empresario, el bueno de Shirmann, un tunante que conoce á las mujeres, había estipulado una fuerte indemnización para sí, en el caso de que ella rompiera la escritura. La rompió al cabo de quince días... el imbécil de Bonneuil abandonó su blindaje, y estalló... Después de la explosión desapareció Melinita.

—¿Y se acabó Bonneuil?

—Sí; pero á él lo volvieron á encontrar, aunque en muy mal estado: había perdido la voz. Temo que me aguarda la misma suerte; y para evitarlo emprenderé, me parece que esta noche misma, la fuga hacia el mar.

—Excelente idea; baños, duchas, son cosas

que te vendrán muy bien... Adiós, primo, hasta el mes de Noviembre.

—¡Un siglo! ¿Vas á estar todo ese tiempo sola en el campo? ¡Cómo te vas á aburrir!

—¿Por qué? ¿Porque voy á estar sola? ¡Qué galante!... Haz el favor de decir á mi cochero que vuelva al hotel.

## VIII

26 de Junio.

Esta tarde me traen al saloncito donde ordinariamente estoy la siguiente esquila:

“La Sra. Duquesa puede tener plena confianza en la llamada Luisa Bauquet, que tengo el honor de enviarle. He ido personalmente á tomar informes, y bajo todos conceptos se me ha hecho el más cumplido elogio de la referida persona. Celebraría mucho que conviniese á la Sra. Duquesa, de quien tengo el honor de ser humilde servidora...”

Al pie de estas palabras la firma de la directora de la agencia, á la cual me he dirigido, y en un pico del papel el membrete de la casa.

Di orden para que entrase Luisa Bauquet.

Desde luego me gustó: ni mucha cortedad, ni exceso de desparpajo. Un tocado sencillo,

pero propio de una doncella que ha de acompañar á veces á su señora á la calle; sombrero pequeño de paja, falda lisa de moaré gris y cuerpo entallado.

—¿Habéis servido ya como doncella, señora?— le pregunté.

—Sí, Sra. Duquesa, en muchas casas.

—De modo que sabréis peinar y coser si es necesario, es decir, dar un punto.

—Más que un punto, Sra. Duquesa; mis vestidos los he cortado y los he cosido yo misma siempre.

—Salgo mañana para el campo, una posesión aislada en Pas-de-Calais, á la orilla del mar. ¿No teméis aburriros allí y desear volveros á París, lo cual me crearía una verdadera contrariedad?

—La Sra. Duquesa puede estar tranquila, porque me gustan mucho el campo y el mar.

—¿Os han explicado bien lo que yo deseo, una doncella que en ciertos casos pueda salir conmigo y acompañarme?

—No puedo estar segura de convenirle á la señora para eso. Le ruego solamente que me mire bien, y que vea si puedo ir á su lado por la calle ó por el campo sin avergonzarla.

Esta respuesta, un poco presuntuosa, no

tuvo nada de chocante, porque fué acompañada de un tono muy dulce, de unos ojos bajos y de una sonrisa agradable. La sonrisa medio descubrió unos dientes que creí ya haber observado antes. Además, hacía un instante que estaba yo diciendo para mis adentros: "Esta cara, esta fisonomía, no me son desconocidas; yo las he visto en alguna parte." Pero estaban cerradas las persianas á causa del sol, lo cual no me permitía ver bien á Luisa Bauquet, quien se encontraba de espaldas á la luz.

Me levanté, y acercándome al balcón, abrí de pronto una de las persianas, como quien no hace nada. Este movimiento obligó á volverse á Luisa Bauquet, la cual quedó entonces de frente á la luz.

Me quedé atónita; creí tener allí, de pie, enfrente de mí, bañada por un rayo de sol, á aquella Melinita á quien había entrevisto una sola vez y al anochecer. Era la misma mirada, profunda, fascinadora; las mismas narices dilatadas, la misma boca, entreabierta lascivamente.

Pero la miraba y decía para mis adentros: "Soy víctima de una alucinación. Á fuerza de ocuparme en esa mujer, de hablar de ella, de pensar en ella, he concluido por verla en to-

das partes. La otra tarde en el Bosque, con los ojos cerrados y ya completamente de noche, se me apareció. Hoy se me aparece aquí á la luz y con los ojos abiertos. Estoy soñando despierta.

„Sí, ciertamente, sueño: Melinita es morena y esta muchacha es rubia... Verdad que eso nada prueba.

„¿Qué significa en estos tiempos el color del cabello? En poco tiempo se lo tiñen á una.

„Pero ésta, además, es más alta que la otra... Verdad es que ¿para qué sirven los tacones Luis XV? Y por otra parte, ésta trae un sombrero acabado en punta, y la mujer que entreví la otra noche llevaba un sombrero de hombre, hongo, blando, muy bajo.

„Pero parece más desarrollada de espaldas y de pecho, más llena, más gruesa... ¿Y el algodónado? ¿No lo han inventado las mujeres delgadas?

„¡Es decir, que me empeño absolutamente en que sea Melinita! ¡Qué locura! ¿Á qué había de venir aquí? Mirándola como la estoy mirando, ¿conservaría ese aspecto tranquilo, ese aire, esa calma? ¿Y por qué no? ¿No dice Blazac que es una gran cómica? Los papeles de criada le deben ser familiares... Además, aho-

ra recuerdo que creo que fué doncella de labor. Ahora no hace más que volver á su antiguo oficio.

„¡Ah! ¡Esto es inaguantable! ¡No puedo ahuyentar esta idea!

„Veamos si se parecen las dos voces.”

—¿Cuánto quiere ganar?—le pregunté bruscamente.

—Lo que la Sra. Duquesa quiera darme. Me permitiré solamente decir á la señora que, si algunas veces he de salir con ella, esto me acarreará algunos gastos y...

—Los tendré muy en cuenta.

„No, no es la misma voz. Esta es más dulce, más reposada... ¿Qué se yo? ¡No parece sino que conozco la otra voz! ¡Es verdad!... Como si una orden dada de lejos y esas palabras: “Blazac, aquí...” pudieran servirme para comparar y para juzgar con acierto.

„¡Ah! Acabaré por demostrarme á mí misma que estoy soñando.”

—Me habéis hablado de certificados—repliqué.—¿Son esos papeles que tenéis en la mano?

—Sí, Sra. Duquesa, éstos son.

Y me alargó unas cuantas cartas.

Les eché una mirada. Todas tenían fecha

anterior á la época en que Blazac decía haber *lanzado* á Melinita.

—Estas cartas son antiguas—dije.—La más reciente data de un año atrás. ¿Dónde habéis servido después?

—En una sola casa. Estaba, y puedo decir que aún estoy, porque no me he despedido, en casa de la señora de La Bére, calle de Francisco I, número...

—¿Es esa señora casada?

—Sí, Sra. Duquesa, casada y con hijos. ¡Oh, es una señora muy respetable!

—¿Y desde cuándo estáis en su casa?—pregunté.

—Desde hace quince meses.

—¿Puedo pedir informes directamente?

—Sí, por cierto. Ella sabe que tengo que abandonarla para ganar algo más... Tengo familia, obligaciones.

—¿Cuándo se la puede ver?

—Todo el día. Sale muy poco de casa.

—Bien; iré á verla mañana temprano, y si me satisface lo que me diga, os quedaréis á mi servicio.

—Se lo agradezco mucho á la Sra. Duquesa, porque desde ahora tengo grandes esperanzas de quedarme á su servicio... No es

posible que la señora de La Bére le dé malos informes de mí.

Saludó cortesmente y se retiró.

¡Ahora sí que estoy convencida! ¿Es posible que esa Melinita sea á la vez doncella de labor y *Ternura de moda*, como dice Blazac? ¿Que viva á un mismo tiempo en su casa y en la de la señora de La Bére? ¿Que coma en el *restaurant* de Ermenonville y al mismo tiempo sirva á esa señora? ¿Que busque criada y que lo sea ella?

¿Iré para convencerme á ver personalmente á esa señora de La Bére? Es un paseo inútil. Luisa Bauquet está bien segura de sí misma, porque si no, ¿me hubiera dado el nombre y las señas de la casa de su ama? ¿Cómo había de decirme que pidiese informes si tuviera algo que temer? Decididamente, no me molestaré. Mañana escribiré á la agencia que su recomendada me conviene y que la tomo á mi servicio.